

# Los corridos, historias sobre el poder

*María Luisa de la Garza\**

Este trabajo analiza los corridos actuales de migración y de narcotráfico a la luz de la filosofía de Paul Ricœur, en particular de su fenomenología del “hombre-capaz” y de la teoría ética que la sustenta; es decir, analiza el ideal de vida de los personajes y el papel que la emigración clandestina y el narcotráfico desempeñan en la consecución de ese ideal. Puesto que se trata de acciones ilegales, los corridos ponen en juego argumentaciones que justifican o legitiman a quienes las realizan, y al mismo tiempo utilizan estrategias retóricas para deslegitimar a quienes los estigmatizan. Se verá que las dificultades para conseguir por medios legales la movilidad social son un argumento preponderante, así como el clasismo en tanto que negación del respeto que merece toda persona. Los corridos hablan, pues, constantemente de la búsqueda de reconocimiento social, aunque con frecuencia el prestigio aparece asociado a la riqueza, con lo que la estructura jerárquica de dominación permanece intacta.

*Mexican Corridos, tales of power.* This paper analyzes migration and drug-trafficking corridos, within Paul Ricœur’s philosophical perspective. More particularly within the phenomenology of a “capable-person” and the ethics it involves. In other words, this paper analyses what immigrant and drug-traffic songs aims to consider as a good way of living, and the roll clandestine migration and drug-trafficking play to reach that “good life” ideal. But, as the actions involved are illegal, the song statements are oriented to justify or legitimate their actors. The discourse strategies of those corridos, as it has been demonstrated, are looking for immigrants’ and drug-traffic people’s social recognition and prestige. Social prestige and recognition is always related with economic success. Within corridos social domination and power remain untouched.

EN SUS ÚLTIMOS TRABAJOS, el filósofo francés Paul Ricœur —recientemente fallecido— se esforzó por dar cuerpo a lo que llamó la fenomenología del

\* Profesora-investigadora. Universidad Autónoma de Madrid.

“hombre-capaz”, un aspecto de su filosofía hermenéutica que, al estudiar lo que los sujetos sociales dicen de sí mismos, atiende no sólo a lo que dicen que son, que hacen o que han hecho, sino que atiende especialmente a lo que consideran que *pueden* hacer o que *deberían poder* hacer.

Esta perspectiva de análisis resulta particularmente rica cuando se aplica a textos como los corridos norteños actuales, que ponen en juego discursos y representaciones sociales que suscitan polémica al punto que, como se sabe, desde hace unos años se han tomado medidas para restringir su circulación a través de las radioemisoras y, más recientemente, se ha decidido proteger a los escolares de su lectura. No obstante, la popularidad del género crece dentro y fuera de nuestro país, lo que alienta tanto a detractores como a defensores a insistir y profundizar en sus respectivos puntos de vista.

En los corridos actuales son polémicas muchas de las historias narradas, tanto si hablan del narcotráfico como de la migración, puesto que en general relatan hechos y actitudes que cuestionan las normas sociales, sean de orden legal, moral o aquel que establecen las tradiciones y las costumbres. Otro asunto que se discute es a quién se cede la palabra aun en el plano de la ficción, puesto que se le reconoce al género —más allá de toda invención y de toda posición subjetivista— un valor de verdad histórica y un significado profundo en tanto que práctica social. En este sentido, la palabra de determinados actores, cuya voz no estaba previsto que se escuchara —mucho menos que se escuchara tan alto y con tanta claridad—, altera el orden social de los discursos y esto provoca reacciones. Finalmente, desde que hay una clase de corridos cuya difusión está prohibida, el hecho mismo de cantarlos es un proceder que en un momento dado puede requerir una justificación.

Los argumentos de los que unos y otros echan mano (personajes, cantantes, censores y público en general) suelen referirse a valores y normas, a derechos y responsabilidades, a beneficios y perjuicios que supuestamente provocan en la sociedad las acciones en cuestión, ya sea el comerciar con sustancias prohibidas, el residir sin permiso en otro país o el representar positivamente en un tipo de canciones a unos determinados sujetos que desde instancias del poder han sido estigmatizados.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En los corridos “políticos” —que aquí no serán abordados— lo polémico sería justamente lo contrario: se pone en tela de juicio a quienes gozan de toda la legitimidad que les otorga el Estado.

La fenomenología del “hombre-capaz” lleva detrás toda una teoría ética en virtud, principalmente, de que *hacer* tiene por lo general implicaciones en la *capacidad de hacer* de otros, puesto que *actuar* suele ser *interactuar* y esa interacción rara vez es simétrica. Obrar —diría Ricœur— es ejercer un *poder-sobre* que puede dar lugar a las más diversas formas de injusticia y de violencia.

La ética ricœuriana, además, toma muy en cuenta la aspiración a ser feliz que tiene todo ser humano y, también, la conciencia de vivir en sociedades regidas por normas y por leyes. Sus reflexiones abarcan, en este sentido, la moral y la política, y nos invitan a buscar en las personas y en los grupos sociales su “sabiduría práctica”, es decir, el modo en que resuelven los conflictos que surgen entre los deseos y las obligaciones, entre la legítima búsqueda de una vida que pueda decirse realizada y los deberes que tenemos en tanto que seres sociales.

Puesto que gran parte del escándalo que los corridos actuales provocan tiene que ver con lo que unos individuos —los personajes— consideran que tienen derecho a decir y hacer, y otros individuos —los autores e intérpretes de corridos— alegan que es legítimo cantar, conviene analizar sus respectivos discursos desde la fenomenología del “hombre-capaz” —y la ética que la sustenta— por al menos tres razones: en primer lugar, porque las estrategias de positivación y el trabajo de autoafirmación que ponen en marcha nos hablan tanto de ellos como de la sociedad a la que se dirigen, porque frecuentemente apelan a saberes y valores que se consideran compartidos; en segundo lugar, porque parte del trabajo de autolegitimación pasa por deslegitimar a los otros, y ello puede conllevar críticas certeras que muestren las carencias, las incoherencias y quizá las hipocresías de los sectores y los discursos dominantes; finalmente, porque las reivindicaciones suelen buscar el reconocimiento de capacidades que, por las razones que sean (económicas, políticas, sociales, raciales...), han sido negadas, y esa exigencia del derecho a poder-hacer está guiada no sólo por una idea de bien-vivir, sino por una idea de justicia social.

Los corridos de narcotraficantes y los corridos de ilegales son, desde esta perspectiva, historias de personas que *quieren poder*, no en el sentido de querer ser políticamente poderosos, sino en el sentido de querer tener capacidad de obrar y, por ejemplo, tener la posibilidad de conducir con autonomía la propia vida.

En un sistema tan estratificado socialmente como el mexicano, esto genera tensiones porque la demanda de posibilidades de unos sectores incapacitados prácticamente para cualquier otra cosa que no sea trabajar y obedecer, implica la limitación en las posibilidades de obrar de otros, que no sólo suelen poder hacer cuanto quieren sino que sus acciones frecuentemente son un ejercicio de dominación. Como dicen unos versos de Beto Quintanilla del corrido “Libertad de expresión”, que relata la muerte de Ramón Arellano pero que fácilmente podemos considerar emblemáticos de la problemática más general que aquí tratamos: “En la guerra del poder de la ley y el traficante, unos a querer poder y otros a no dejarse”.

En efecto, tanto en los corridos de narcotráfico como en los de migración —los dos que hoy por hoy son más populares— los personajes aducen la falta de movilidad social como razón para, o bien irse al norte, o bien ingresar al narcotráfico. No parece haber para la gente de escasos recursos, según el discurso de los corridos, forma legal de progresar en México. El narrador de “Ahí viene la migra”, un corrido que grabó Ramón Ayala con Los Bravos del Norte, lo dice claramente: “Esta es la historia del pobre que, huyendo de la miseria, sólo tiene una esperanza: llegar hasta la frontera”. Por su parte, el protagonista de “El ayudante” (El Coyote, *Corridos con banda*) explica: “Un tiempo fui campesino y desde muy niño me enseñé a sembrar, pero todo era tristeza, vivía en la pobreza, tuve que cambiar”.

Los personajes toman la iniciativa para tratar de modificar la vida miserable a la que, por su posición social, estaban destinados, y asumen con convicción los riesgos que su decisión conlleva. Elegir uno u otro camino dependerá de una serie de rasgos y circunstancias personales, como son el apego o no apego a una moralidad más tradicional y normativa o el hecho de estar casado o ser soltero. La familia (tanto la pareja y los hijos como los padres) es un elemento cardinal en el discurso de los personajes emigrantes, mientras que en los corridos de narcotráfico no tiene relevancia alguna. El plantearse un proyecto vital de largo plazo también será un aspecto determinante, al igual que los afanes de consumo.

## I

Si se elige la vía del narcotráfico, pareciera que se desean soluciones pronto y con repercusiones de envergadura en el tipo de vida del individuo, aunque para ello se corra un alto riesgo de muerte. Si se opta por la vía migratoria, en

cambio, la ampliación de capacidades será más lenta, pero también probable; será menos radical, pero suficiente; tiene también riesgo de muerte, pero menor, y los beneficiarios serán los hijos más que los propios protagonistas; de hecho, varios personajes señalan que emprenden “la aventura” para darle a los hijos “un mañana mejor”, tal como afirma el protagonista del corrido “De paisano a paisano” (Tigres del Norte, *De paisano a paisano*).

En los corridos de narcotraficantes, la argumentación dominante la condensa bien el narrador de “Huevos y frijoles” (Halcón de la Sierra, *Corridos con banda*), quien nos dice: “Sé que me la ando rifando, que me quieren aprehender, pero mientras eso pasa yo me doy vida de rey: gozo de todas las cosas que antes no pude tener”.

De acuerdo con estos corridos, hay que *poder gozar de la vida*, hay que *poder darse gusto*, hay que *poder disfrutar*, aspiración que abarca fundamentalmente cinco *bienes*, que son los más apreciados por estos personajes, los que resumirían su objetivo de felicidad: mujeres, recursos económicos, independencia, tiempo de ocio festivo y el reconocimiento de los demás. El protagonista de “Carrera prohibida” (Tucanes de Tijuana, *14 Tucanazos bien pesados*) apunta algunos de ellos: “Para alegrarme, la banda; para dormir, una dama; pa’ mis amigos, la mano; pa’ los cobardes, mi escuadra; pa’ mi nariz un suspiro y un trago pa’ mi garganta”. “El bucanero” (Pumas del Norte, *La ley del corrido*) compara su vida pasada con el presente: “La pobreza es el infierno, ya lo pude comprobar, y desde que entré al negocio la gloria empecé a gozar: dinero, vino y mujeres me sobran pa’ pachanguear”. “El marihuanero” (Originales de San Juan, *Nací con suerte de rey*), por su parte, dice: “Ahora me ando paseando [...] traigo una chula a mi lado, me divierto como quiero, dinero traigo de sobra porque soy marihuanero”.

Por su oficio, estos personajes son más conscientes que muchas personas de la finitud humana, pero el *vivir-bien* al que acceden les merece la pena aunque desemboque en una muerte prematura: “En el panteón de mi pueblo hay una tumba vacía esperando a que yo muera, será cuando Dios decida; mientras tanto, yo le sigo dándole gusto a la vida”, señala el protagonista de “La tumba” (Grupo Exterminador, *Narco Corridos 2*), al tiempo que el de “Cadena de traficantes” (Razos, *Corridos pa’ valientes*) sintetiza: “*Vivir cinco años parado, mejor que diez de rodillas*, es el dicho de nosotros, que andamos en la movida”.

“Ponerse de pie” es una buena metáfora para señalar aquello que el narcotráfico hace posible, pues abarcaría al menos tres aspectos que son

fundamentales en la transformación que viven los sujetos que ingresan en esta actividad: primero, superar las limitaciones en la capacidad de obrar de quienes tienen que “andar de rodillas”, sean lisiados, penitentes o vasallos (dicho esto también en sentido metafórico); en segundo lugar, erguirse permite situarse “cara a cara” con los interlocutores, que es otra forma de decir que se sitúan en plan de igualdad con los otros; y en tercer lugar, estar de pie es condición para poder moverse con holgura, incluso lejos, incluso rápido, y, como veremos, tanto en sentido horizontal (físicamente) como vertical (socialmente).

Se *pueden hacer* muchas más cosas de pie que de rodillas, sin duda, tal como sugieren que ocurre en el narcotráfico, donde la *ampliación de capacidades* entrañaría la posibilidad de intervenir en el curso de las cosas —en especial en el curso de la vida propia—; entrañaría también la consecución de cierta autonomía y, quizá paradójicamente, la posibilidad de desenvolverse con libertad. Es cierto que se trata de unas capacidades siempre amenazadas, de ganar una autonomía frágil y una libertad muy relativa, pero para los protagonistas se trata de una capacidad, una autonomía y una libertad antes desconocidas.

De hecho, la vida de estos personajes es representada semánticamente de manera diferente si hablan del tiempo previo a su ingreso al narcotráfico o del tiempo posterior. Si se sitúan en el *antes*, aparecen como *sufrientes*<sup>2</sup> más que como *agentes*. Dicen, por ejemplo, que son “pisoteados” con desprecio (“Corrido prohibido”. Pumas del Norte, *La ley del corrido*) y “humillados” por ser pobres (“Clave privada”. Tucanes de Tijuana, *14 tucanazos bien picudos*); viven “con tristeza” (“El ayudante”); si son trabajadores asalariados, “otros hacen la riqueza” (“Trabajo por mi cuenta”. Tigres del Norte, *Uniendo fronteras*) y, si son campesinos, ni las condiciones ni los resultados son los mismos con cultivos tradicionales que con cultivos “prohibidos”, como explica el narrador de “Las dos hectáreas” (El Recodo, *Corridos con banda*):

Las dos hectáreas de tierra que me heredara mi padre  
 las sembraba con cariño para salir adelante,  
 mas la realidad es otra: me estaba muriendo de hambre.  
 Un amigo de la infancia una tarde me propuso:

<sup>2</sup> Tomamos la dicotomía que Ricœur utiliza (agente/sufriente) en lugar de la fórmula, más común, de agente y paciente, porque así se resalta la dimensión antropológica del *padeecer* las acciones de otros.

“Vamos saliendo de pobres, vamos dándole otro uso”.  
Les juro que en poco tiempo mi situación se compuso.

Si los personajes aparecen en el papel semántico de “beneficiarios” de las acciones de otros, *antes* de ingresar al narcotráfico básicamente sólo “les roban” los “poderosos” (“Corrido prohibido”), mientras que *después*: “Las damas me dan caricias, la sierra me da dinero” (“Lo que sembré allá en la sierra”. Tigres del Norte, *Jefe de jefes*). Si en ese *después* vuelven a ser objeto directo de las acciones de otros es porque así lo deciden ellos mismos, y entonces son llevados, traídos, agasajados, pero, sobre todo, obedecidos. *Antes* recibían órdenes; *después* reciben peticiones y, muy particularmente, peticiones de “favores”. El “Jefe de jefes” (Tigres del Norte, *Jefe de jefes*) dice, por ejemplo: “muchos grandes me piden favores porque saben que soy el mejor”.

De manera particularmente importante, el narcotráfico les permite a estos personajes *gastar, consumir* con cierta holgura, acciones tan impensables para alguien con un trabajo que no sea ilegal. Un corrido se titula “En qué trabaja el muchacho” (Huracanes del Norte, *20 Narco-corridos*) por ser la pregunta que se hace la gente “nomás porque traigo pesos y una trocona del año”. El protagonista de “Trabajo por mi cuenta”, por su parte, comenta: “Si me ven gastando lana, no se quiebren la cabeza, puede que me ande moviendo en lo que la gente piensa”. Ahora bien, hay que decir que antes de la ostentación y el dispendio, lo que a veces se dice que se busca es poder acceder a unos mínimos indispensables: “Ya cansado de comer puros huevos y frijoles [...] me dediqué al contrabando, buscando cosas mejores”, dice un personaje que, satisfecho, añade: “en mi casa, ya les digo, se oye chillar el sartén” (“Huevos y frijoles”).

También se amplían significativamente los ámbitos en los que *pueden actuar*. Es muy reveladora, en este sentido, la insistencia en que para ellos no hay ámbitos prohibidos. El protagonista de “Sangre de gallo” (Huracanes, en *Narcocorridos*, vol. 3) presume: “me oyen cantar dondequiera”, y el narrador de “El postre” (Tucanes, *Corridos de primera plana*), más explícito, dice: “Los jefes tratan con jefes, así es la ley de la vida, yo trato con quien yo quiero, sea de abajo o sea de arriba”. Lo destacable es contar con opciones para poder elegir con quien tratar y mostrar que se es autónomo, que no se tienen restricciones ni dependencias: “Trabajando por mi cuenta, pa’ los frijolitos saco; de perdida tengo el gusto de que a nadie le trabajo; ya se acabaron los tiempos cuando andaba yo de gato”, dice el protagonista de “Trabajo por mi cuenta”.

La capacidad de movilidad tiene, en los corridos de narcotraficantes, otro sentido muy distinto pero no menos importante que el que acaba de ser señalado: se trata del hecho de poder contar con un tiempo libre mayor que sólo el intervalo entre dos jornadas de trabajo. De esta capacidad recién adquirida, el *pasear* es su realización más valorada y más emblemática. Uno de tantos personajes narcotraficantes cuenta de sí mismo: “Señores, soy de Durango y me paseo donde quiera” (“El de Durango”. Pumas, *La ley del corrido*), mientras que otro reta: “Si me quieren conocer, en Juárez me ando paseando” (“Pacas de a kilo”. Tigres, *Siguen los zarpazos*).

De entre los corridos que no son pretendidamente autobiográficos, un narrador cuenta como algo relevante que “El Güero”, “por Washington se pasea en una troca del año” (Tucanes, *14 tucanazos bien pesados*), mientras que de “El Centenario” nos informan que “en un Corvette se pasea tranquilo por Tijuana y por Guadalajara, por Los Ángeles y San Francisco, y también por Las Vegas, Nevada” (Tucanes, *14 tucanazos bien picudos*). *Poder pasear* es casi una obsesión para estos personajes y al parecer un valor bastante compartido, pues la limitación en el disfrute de la calle es motivo reiterado de lamentación en los corridos de emigrantes. Así, por ejemplo, el protagonista de “Jaula de oro” (Tigres, *16 kilates musicales*) se manifiesta a disgusto (“Yo no sé lo que me pasa”, dice) porque, aunque es “hombre de hogar”, le molesta no poder ir más que de su trabajo a su casa: “Casi no salgo a la calle —explica—, pues tengo miedo que me hallen y me puedan deportar”.

Ahora bien, el narcotráfico no sólo permite, según el discurso de los corridos, *poder-tener* y *poder-hacer*, sino que conlleva implicaciones ontológicas, pues permite a los individuos *poder-ser*, es decir, poder sentirse *alguien*. “Yo soy humano, no soy un burro”, se escucha en el citado “Trabajo por mi cuenta” y, en “El tarasco” (Tigres, *Jefe de jefes*): “Yo no soy mono de alambre que cuerda le pueden dar”.<sup>3</sup>

Los personajes ahora consideran que merecen respeto, y por ello constantemente insisten en el respeto que los demás les tienen: “Ya no soy el pobretón al que ayer tanto humillaron; ya cambió mi situación: soy un hombre respetado”,

<sup>3</sup> Al menos curioso es el hecho de que en la zona fronteriza del estado de Tamaulipas se llame “la gente” a quienes se dedican al narcotráfico, especialmente si pertenecen al cártel del Golfo, según informó el periodista Alberto Nájara en su reportaje “Votar bajo el signo del *narco*”, publicado en *La Jornada* del 7 de noviembre del 2004, en el suplemento *Masiosare*, núm. 359.

dice el protagonista de “Huevos y frijoles”, mientras que el de “Las dos hectáreas” lo reitera en términos más generales: “El que se mete al negocio de traficar con la hierba vive rodeado de lujos y la gente lo respeta”. Los narradores, por su parte, coinciden con esta apreciación en versos como: “Si eres pobre te humilla la gente; si eres rico te tratan muy bien” (“El Centenario”), dando fuerza a la argumentación —nunca verdaderamente cuestionada— que vincula dignidad y riqueza.

El dinero al que puede accederse con el narcotráfico opera, pues, transformaciones a diversos niveles. Puede incluso “embellecer” a quien de él dispone, pues según el protagonista de “Retando a la muerte”, “el dinero te quita los defectos y lo feo” (La Costeña, *Corridos pa’ valientes*). Lo mismo opina “El hijo de la mafia”, que afirma: “No se te ven los defectos si eres hombre de dinero” (Tucanes, *14 tucanazos bien pesados*).

Los recursos económicos, entonces, además de ampliar la capacidad de obrar, compensan algunas carencias personales. Pero no únicamente. Los vínculos con los otros se ven trastocados de una manera que implica mucho más que sólo la percepción de una mejor imagen o sólo una ubicación mejor en la estructura social: implica un cambio significativo en el modo en que se entablan las relaciones interpersonales: “no niego que fui pobre, tampoco que fui burrero [pero] ahora soy un gran señor, mis mascotas codician los güeros”, dice el protagonista de “Mis tres animales” (Tucanes, *Tucanes de plata*). El personaje de “Clave privada” relata, por su parte: “Ya mucho tiempo fui pobre; mucha gente me humillaba; empecé a ganar dinero, las cosas están volteadas, ahora me llaman patrón, tengo mi clave privada”.

La nueva posición en la jerarquía social, si bien entraña mayor *poder*—con sus correspondientes posibilidades de *abuso de poder*—, implica sobre todo una valoración distinta del personaje por parte de quienes están en su entorno. En este sentido, es tan importante saberse y sentirse *capaz* como el hecho de ser *reconocido como tal* por los otros. Y así como el *poder* se ejerce de muchas maneras, el reconocimiento cobra muchas caras en estos textos, caras que van desde la admiración por lo que alguien ha conseguido hasta el temor por la posibilidad de la violencia, aunque la forma de reconocimiento preponderante es la que prima en las relaciones caracterizadas por el paternalismo, con las ventajas y desventajas que sabemos conlleva: una solidaridad y una interdependencia fuerte en el grupo, pero poca propensión a conductas que busquen mejoras sociales a nivel más general. A cambio de considerarlo “patrón”, el

protagonista de “Puro maicito sembrado” (Ramón Antonio, *Corridos pa’ valientes*) dice que a quienes lo cuidan “los traigo con carro nuevo y también con armas largas, en el bolsillo dinero y en la cintura una escuadra”. Igualmente, “El de Durango” afirma: “los que trabajan conmigo de todo tienen”.

La necesidad de reconocimiento es tan grande como el deseo de *poder-hacer*. En este sentido, tiene razón Paul Ricœur cuando señala que no puede ser plena la estima de sí si no pasa por el reconocimiento de los otros, aunque en muchos corridos de los denominados “perrones” a lo que asistimos es al ejercicio de un poder abusivo que llama respeto a la sumisión y a la obediencia. En tal caso, de acuerdo con la filosofía ricœuriana, no habría siquiera verdadera estima de sí, sino un “amor de sí” egoísta y perverso porque buscando lo que estima bueno introduce el mal, es decir, el sufrimiento ajeno. El hecho es que en este tipo de corridos apenas hay lugar para la reflexión sobre las capacidades adquiridas y casi nunca se relata el proceso de transformación que han vivido los sujetos. No hay un trabajo de positivación de sí mismos porque no se problematiza en ningún sentido la realidad, y se habla más bien de hechos consumados que de ninguna potencialidad. “El hijo de la chingada” (Capos de México, en *Narcocorridos*, vol. 2) es un buen ejemplo de esta variedad de corridos. Algunos de sus primeros versos son:

Soy hijo de la chingada y a nadie le pido nada...  
 Soy asesino y coquero, de la negra y cristalero;  
 no se me atraviere nadie, tengo fama de grosero  
 porque a más de diez cabrones los mandé para el infierno.  
 A la mayoría los madreé por pendejos y por dedos,  
 se querían pasar de reatas y les dejé caer el fierro,  
 conmigo se andan derechos o también se las entierro.

Sin embargo, la mayoría de los corridos suelen ser más complejos, más polifónicos y, por ello mismo, más profundamente humanos. En términos de un análisis hermenéutico también suelen ser más ricos, pues se trata de sujetos que hablan de sí buscando una mayor comprensión de su hacer, buscando legitimidad, reivindicando el derecho a algunas capacidades negadas o pidiendo otro tipo de reconocimiento. Como veremos más adelante, un hilo argumental de importancia en este tipo de trabajo discursivo es la equiparación de lo que hacen los narcotraficantes con lo que hacen los ejecutivos de empresas. Antes,

sin embargo, veamos cómo es representado el proceso migratorio en relación con las dificultades de movilidad social y la poca capacidad de obrar que tienen quienes deciden buscar una mejor vida en el norte.

## II

Si comparamos la representación de la migración y del narcotráfico, en tanto que vías para salir de la pobreza, se observa que emigrar es un proceso más dilatado y menos directo, que conlleva el empeoramiento de la situación de los emigrantes como requisito para tener la posibilidad de mejorar.

En efecto, a diferencia de quienes se adentran en la compra-venta de drogas, que aparentemente perciben casi de inmediato algún beneficio económico que incide en su vida dándoles satisfacción, los emigrantes deben superar las cada vez mayores dificultades de cruzar la frontera antes de empezar a trabajar al otro lado y poder percibir salarios menos malos que los que se pagan en México. La esperanza, en este sentido, no es, como decía el narrador de “Ahí viene la migra”, “llegar hasta la frontera”, sino que su cruce es la condición de posibilidad de toda esperanza. Lo dice claramente el narrador de *Los ilegales* (Herrera, 1993:219): “Después de mil sacrificios logré cruzar la frontera, con la esperanza en el pecho de trabajar donde fuera”.

Los personajes emigrantes van a Estados Unidos en busca del dinero que les permita pensar como posible su ideal de vida: “Me fui pa’l Norte con la esperanza de hacer fortuna y luego volver” (*El mojado fracasado*, Herrera, 1993:270), ideal de vida cuya realización normalmente está ligada a México, aunque hay excepciones en las que no es así: “Adiós, México querido, me voy muy lejos de ti; voy buscando otros destinos, quizá allá yo sea feliz” [*Adiós, México querido* (Herrera, 1993:275)].<sup>4</sup>

Los emigrantes se van en busca de la posibilidad de una vida *mejor*, e incluso “simplemente” en busca de una vida humana digna, como se ha visto que también hacían los que ingresaban al narcotráfico: “Cansado de no ser nadie, decidí rifar mi suerte”, dice el protagonista del corrido titulado significativamente *Tanto tienes, tanto vales* (Pablo Botello, *Corridos y canciones de Aztlán*), mientras que el protagonista del “Corrido del inmigrante” (Herrera, 1993:236) afirma: “Voy a Estados Unidos para ganarme la vida”. En otras palabras, estos personajes emigran para poder *poder*:

<sup>4</sup> Nótese, en cualquier caso, que no se da por segura la felicidad fuera de México.

Ahora bien, su situación de vulnerabilidad, como se sabe, no disminuye cuando alcanzan —si alcanzan— la localidad que se han marcado como destino, pues ahí tendrán todavía que encontrar un empleo, esperar que no los denuncien o los descubran y, si trabajan, que les paguen. Su preocupación la resume el siguiente personaje, que implora: “Que no me agarre la migra, no quiero ser deportado; si no, de nada ha valido el sufrimiento pasado” (*Ahí viene la migra*).

Ese sufrimiento “pasado”, hay que decirlo, no pertenece al pasado; es el sufrimiento que se prolonga hasta el presente y que en realidad se acentúa —o cobra otra forma— con la angustia de verse en situación de poder ser atrapado, pues “ahí viene la migra agarrando ilegales”.

Esta es una diferencia notable entre los corridos de narcotráfico y los de migración. En aquéllos, puesto que lo que se espera es la muerte violenta o la cárcel, en el “mientras” —como se ha visto— “le dan gusto a la vida”. Pocos son los personajes narcotraficantes que hablan desde el fracaso, bien sea porque desde la cárcel siguen ejerciendo su poder o porque de algún modo, al recapitular, concluyen que la experiencia valió la pena. Por otro lado, la muerte no puede ser considerada un fracaso más que para quienes siguen en el mundo.

En cambio, en los corridos de migración el sufrimiento nunca desaparece del todo, y el sentimiento de fracaso está más presente. En esos casos, el proyecto migratorio es calificado como una “ilusión”, con su doble valor de falsedad y de aspiración que funciona como impulso. Los personajes que viajaban en *El vagón de la muerte* (Herrera, 1993:289) iban, por ejemplo, “con la ilusión de ganarse la vida honradamente”, mientras que el protagonista de *La discriminación* (Herrera, 1993:225-226) se fue a California “por la ilusión calenturienta del dinero”. Más como un iluso que como un ilusionado, otro personajes relata que: “Por ahí cantaba la gente que en el Norte el dinero se barría con la escoba, y nosotros, creyéndonos el cuento, decidimos venirnos para acá” (“Yo soy mexicano, señores”. Juan Manuel Valdovinos, en *Corridos y canciones de Aztlán*).

En estas y otras historias el sueño se esfuma sin que haya apenas ningún disfrute, e incluso los personajes pueden hallarse, al cabo de la aventura, peor que antes: porque al volver a su tierra los padres han muerto o agonizan, porque las esposas se cansaron de esperar, porque los separan de sus familias cuando los deportan o temen que, si van a México, no puedan regresar a donde ya tienen su trabajo y su hogar.

En los casos menos dramáticos, el sueño se encuentra todavía a la espera, el objetivo está aún por alcanzar: “Y aquí estoy todavía, mi paisano, trabajando p’hacer rico al patrón; y aquí estoy todavía, mi paisano, regando los *files* [de *fields*, campos] con sudor” (*Yo soy mexicano, señores*).

En los corridos de migración, el *paciente* es inequívocamente *sufriente*, y esos *sufrientes* aguantan con *paciencia* su *padecer*, según se concluye del análisis del tipo de participación que los personajes tienen en los procesos semánticos representados. En efecto, los emigrantes suelen ser “perseguidos”, “golpeados”, “encarcelados”, “deportados”... acciones cuyo agente, cuyo autor, siempre es otro.<sup>5</sup> Como se aprecia, se trata de acciones que no solamente se *reciben*, sino que efectivamente implican sufrimiento, y en sus tres variantes: físico, mental y el que resulta de la obstrucción de la capacidad de obrar, que puede ser vivida como un ataque a la integridad personal.

Los emigrantes, por supuesto, también son agentes, pero muchas veces desempeñan ese papel en procesos tales como “huir”, “ocultarse” o “defenderse”, en los que la acción es más que nada una *reacción*, es decir, una respuesta a la *iniciativa* de otros. Por otro lado, algunas acciones que emprenden por iniciativa propia aparecen calificadas de modo tal, o acompañadas por unos complementos tales, que desplazan por completo el foco de la acción. Por ejemplo, en: “Dejé las tumbas de mis padres, mis abuelos, *llegué llorando* a tierra de anglosajón” (“Mis dos patrias”. Tigres, *Jefe de jefes*), y lo mismo en: “A México me *regreso muy triste y decepcionado*” (“El hijo olvidado”. Los Terribles del Norte, *Los grandes corridos*). Inclusive podemos ver la transformación total de la *agentividad* en *pasividad* en versos como: “Yo no crucé la frontera, la frontera me cruzó” (“Somos más americanos”. Tigres, *Uniendo fronteras*).

Quienes emigran, pues, se ven en la situación de que para mejorar, deben empeorar, pues para poder *ser alguien*, es decir, alguien que *puede*, o sea, alguien que *tiene*, deben desprenderse de los pocos recursos con que cuentan, materiales y sociales; deben anular las pocas capacidades que tengan —la capacidad de negarse a obedecer, por ejemplo— y deben, casi, dejar de ser, cuando no verdaderamente dejan de existir: “Decidí rifar mi suerte vendiendo lo que tenía, que era muy poco, por cierto”, afirma el protagonista de *Tanto tienes*,

<sup>5</sup> A ellos corresponde el papel de *objetivo* en términos de la gramática sistémico-funcional, el papel de *receptores de la acción* en términos de la gramática tradicional, o de *sufrientes* en términos de la fenomenología ricœuriana.

*tanto vales*, que agrega a continuación: “Abandoné a mi familia y me aventuré pa’l norte”. Igualmente, el narrador de *Los ilegales*, comenta: “Para llegar a esta tierra, yo vendí lo que tenía”, y apostilla enseguida: “En mi lejano pueblito dejé lo que más quería”. Estos versos, que por cierto constatan que quienes emigran ilegalmente son pobres pero no económicamente los más miserables, nos indican con claridad el lugar destacado que se atribuye a la familia entre aquello *que cuenta y con lo que cuenta* una persona.

Ya en Estados Unidos, estos personajes relatan con pena el haber sufrido “vergüenzas y humillaciones para conseguir trabajos” (*Los ilegales*) o el haber tenido que “inclinarse la frente para cobrar la semana” (*La tumba del mojado. Tigres, 16 kilates musicales*). En el discurso de estos corridos se atribuye un alto valor a la capacidad de decir “no”: no al abuso y, sobre todo, no a la humillación, aunque tengan que renunciar a ejercerla para no frustrar sus planes (otra diferencia con los corridos de narcotráfico, en los que los no poderosos podían al menos “mandar por un tubo al patrón” (*Trabajo por mi cuenta*)).

En este contexto, lo que los emigrantes *pueden* sobre todo es resistir, es perseverar y, por supuesto, seguir trabajando:

No se me agüiten paisanos, hay que seguir trabajando,  
a darle duro al tomate, al durazno y al chabacano,  
para poder conseguir lo que venimos buscando  
[*No necesito coyote*. Herrera, 1993:205].

Como se observa una vez más, el *objetivo* es la *posibilidad*: trabajan *para poder conseguir* aquello que quizás, ahora sí, puedan con fundamento desear.

Esto, con relación a lo que pueden y no pueden, pero, ¿qué deberían poder? Los corridos reivindican principalmente dos cosas: por un lado, reivindican el derecho a poder vivir mejor, a poder tener esperanza, a poder progresar; por eso cuestionan continuamente el asedio de las autoridades norteamericanas.<sup>6</sup> Por otro lado, dirigiéndose a los paisanos que permanecen en México, reivindican su derecho a poder irse, a que su mexicanidad no sea puesta en duda por el hecho de que decidieran emigrar. Estos son los dos ejes que vertebran

<sup>6</sup> La imposibilidad de progresar en México no se cuestiona abiertamente, bien sea porque se considera impensable, o bien porque, situados prácticamente todos los narradores en Estados Unidos, respetan la norma no escrita de que “la ropa sucia se lava en casa”.

el trabajo discursivo de los personajes emigrantes con vistas a una representación de sí más positiva, como veremos más adelante.

Antes, sin embargo, hay que señalar que los emigrantes, que individualmente parecen tener casi nulas capacidades, como colectivo tienen un *poder-hacer* muy considerable, el cual se manifiesta de dos maneras: en primer lugar, son capaces de superar cualquier política de restricción de la inmigración impulsada por Estados Unidos. Ya en *Vivan los mojados*, un corrido grabado en 1970 (Tigres, *Vivan los mojados*) se escuchaba: “El gringo terco a sacarnos y nosotros a volver. Si a uno sacan por Laredo, por Mexicali entran diez; si a otro sacan por Tijuana, por Nogales entran seis; 'ai nomás echen la cuenta, cuántos entramos al mes”. Más cercano en el tiempo, el protagonista de “De paisano a paisano” dice: “Por querer trabajar nos han hecho la guerra”, y agrega que: “patrullando fronteras no nos pueden domar”. Se construye una personalidad colectiva de carácter obstinado y rebelde a la que resulta imposible impedir el paso.

En segundo lugar, su situación de desventaja salarial y, en general, su condición de mayor vulnerabilidad en la estructura social, son transformadas en una fuerza que potencialmente es muy grande, de acuerdo con versos como: “Dicen que si hallan mojados, al patrón van a multar; las fábricas y los campos, hoteles y restaurantes, como pagan muy barato, solos se van a quedar” (“Ya nos dieron permiso”) (Herrera, 1993:253), o bien en: “Cuando el mojado haga huelga a no volver otra vez, quién va a tapar la cebolla, la lechuga y el betabel, el limón y la toronja; se echará todo a perder” (*Vivan los mojados*).

La certeza de poder contar en un momento dado con este potencial hace que, pese a todos los pesares, el emigrante halle motivos para alimentar su autoestima. Otros —muy ligados a éste— serán la convicción de su excelencia en el hacer (la certeza de ser buenos trabajadores), y el convencimiento de que su trabajo es valioso para quienes, no obstante, les escatiman el reconocimiento, tema que abordamos a continuación.

### III

Entre las varias funciones sociales que parecen desempeñar los corridos (fomentar la cohesión de un grupo, intervenir en el debate público sobre el buen gobierno, dar testimonio del prestigio de un colectivo o de un sujeto, comentar acontecimientos relevantes, etcétera), difunden representaciones

sociales alternativas, que contribuyen a dar legitimidad a determinadas personas o grupos que no tienen autoridad ninguna o no gozan de una muy buena reputación.

El trabajo discursivo que han hecho los corridos de *mojados*, con relación a los emigrantes, no ha sido menor, en este sentido, que el que realizan algunos corridos de narcotráfico en relación con los narcotraficantes, sólo que de estos últimos se ha discutido más porque en su momento entraron con fuerza en los medios, haciendo que se escuchara demasiado alto una voz y una palabra destinadas a la clandestinidad. La industria discográfica también ha tenido su papel, tanto por el interés que las grandes compañías han mostrado en las músicas “regionales” como porque la creciente accesibilidad a la tecnología ha dado lugar a un crecimiento notable de pequeños sellos, y unos y otros han buscado la más amplia salida para sus producciones. Por último, el tema de los emigrantes ha estado en segundo plano porque los propios emigrantes nunca han sido una prioridad para los mexicanos como asunto político o social. Sin embargo, no se puede negar que respaldan las acciones y los puntos de vista de unas personas que están al margen de la legalidad. Ahora bien, como esa legalidad burlada es la de Estados Unidos, estos corridos son considerados prueba de una loable resistencia y práctica que guarda y refuerza parte de la identidad nacional. El grupo dominante contra el que apuntan su discurso no somos “nosotros, el conjunto de los mexicanos”, aunque en realidad gran parte del trabajo de positividad que han hecho a lo largo de la historia ha tenido como uno de sus objetivos mejorar la imagen de los mexicanos que se han ido en aquellos que no han emigrado, aunque estos corridos hayan alcanzado una menor circulación.

En lo que sigue resumiré las argumentaciones principales que los corridos ponen en juego para fundamentar que lo que hacen sus personajes *se puede*, es decir, es legítimo, aunque no sea legal, y se verá la representación social que contraponen a la que difunden los discursos normativos, dominantes o mayoritarios.

En el caso de los emigrantes, el trabajo de legitimación busca contrarrestar los discursos incriminatorios que los tachan, por un lado, de delincuentes y de parásitos de la sociedad estadounidense y, por otro, de traidores a México o, en general, de malos mexicanos.

Con relación al primer grupo, el énfasis lo pondrán en que son trabajadores que aportan mucho más de lo que reciben del sistema económico estadouni-

dense, aunque también reivindicarán su derecho a estar en suelo americano apelando a razones “históricas”. En el corrido *De paisano a paisano* hay un interludio declamado que resume bien la posición de los personajes emigrantes:

Antes de seguir cantando, yo le pregunto al patrón: quién recoge la cosecha, quién trabaja en la limpieza, hoteles y restaurantes, y quién se mata trabajando en [la] construcción [...] Muchas veces ni nos pagan [y] para que sane la llaga, como sal envenenada nos echan la inmigración. Si con mi canto pudiera, derrumbaría las fronteras para que el mundo viviera con una sola bandera en una misma nación.

Como se observa, el narrador pone en circulación una representación del grupo como trabajadores esforzados, honrados y nada agresivos. “No vengo a darles guerra: soy hombre trabajador”, es la misma idea expresada más sintéticamente por el protagonista de *Somos más americanos*, idea que tiene una larga historia en los corridos, pues ya en uno de 1929 un personaje decía: “Adiós, paisanos queridos, ya nos van a deportar, pero no somos bandidos, venimos a camellar” (*El deportado*. Wald, 2001:159).

El protagonista de “Mexicano cien por ciento” (*Exterminador*, *Narco Corridos 2*), además de valorar el trabajo de los migrantes, critica las actitudes humillantes que enfrentan y el sinsentido de la descalificación:

Si ese suelo necesita nuestras fuerzas y los gringos nuestro apoyo pa’ valer, yo no entiendo por qué, entonces, nos desprecian si ese suelo lo trabajamos tan bien. De Jalisco, Michoacán y Zacatecas, de Chihuahua, de Durango y de San Luis, de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas son los que hacen esta tierra producir.

Se denuncian la invisibilidad, la discriminación, el racismo y la “mala prensa”, y al mismo tiempo se realiza un trabajo de autoafirmación que a veces raya en la exageración, pero cuyo sentido es siempre contundente: “¿Cómo la ven con los güeros con su discriminación para la gente latina que enriquece a la nación?”, pregunta el narrador de *Brian Barker* (Pedro Rivera, *Corridos de hierba*), que agrega: “Si no fuera por nosotros, no trajeran ni calzón”.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Brian Baker fue un *sheriff* de Carolina del Sur que se pegó un tiro y luego acusó a la comunidad latina de haberle disparado, según informa Elijah Wald (2001:142).

En este registro consciente de aportaciones valiosas a la historia de Estados Unidos se incluye la participación de los mexicanos en conflictos bélicos, ya fuera en la Segunda Guerra Mundial, en la guerra de Vietnam o, mucho más recientemente, en la invasión de Irak. Este es el tema de *Los hijos de Hernández* (Tigres, *Gracias América... ¡Sin fronteras!*), un corrido sobre un mexicano que tiene hijos alistados en el ejército de Estados Unidos, uno de los cuales ha muerto. El protagonista vuelve de una visita a México y, al cruzar la frontera, el oficial que le pide los papeles murmura: “Ya con tantos emigrados, muchos norteamericanos no pueden ni trabajar”. El mexicano cuenta entonces que:

Le dije muy enojado: “Eso que tú has murmurado tiene mucho de verdad: los latinoamericanos a muchos americanos le han quitado su lugar [...] Si en la nómina de pago encuentras con desagrado mi apellido en español, lo verás en otra lista que a la hora de hacer revista son *perdidos en acción*”.

La conclusión de este corrido acerca la ficción histórica al género fantástico, pues según el narrador: “Mientras esto le gritaba, el emigrante lloraba y dijo con emoción: *Puedes cruzar la frontera, ésta y las veces que quieras. Tienes más valor que yo*”. Al menos en la ficción y de modo simbólicamente compensatorio, se obtiene el deseado reconocimiento.

Los corridos de migrantes también denuncian la hipocresía de unos discursos oficiales y unas medidas policiales que suelen responder a coyunturas socioeconómicas y políticas muy concretas, y cuestionan las bases mismas del discurso de las autoridades norteamericanas al poner en tela de juicio que “ser mojado” sea “un delito” (*El mexicano mojado*. Exterminador, *Corridos perrones*), o al menos que sea un delito como otros. Por eso, los personajes a veces se quejan de que al aprehenderlos los lleven “cargadito[s] de cadenas, como a cualquier criminal” (*De aquellas idas al Norte*. Herrera, 1993:272).

El sistema legal estadounidense es visto, no como elemento de articulación social, sino como fuente de injusticias, y es discutida la propia delimitación geográfica del Estado. El protagonista de *Somos más americanos* afirma:

Ellos pintaron la raya para que yo la brincara y me llaman invasor; es un error bien marcado, nos quitaron ocho estados: ¿quién es aquí el invasor? Soy extranjero en mi tierra...

La utilización de la historia como argumento radical contra la criminalización es reiterada. En el mismo corrido se argumenta que “si contamos los siglos, aunque le duela al vecino somos más americanos que todititos los gringos”, y en “El pocho” (Herrera, 1993:221) se escucha:

Texas, Arizona, todo California y Nuevo México eran mis terrenos, antes que los güeros allí estaba yo.

Estos personajes no pretenden cambiar la historia, pero tampoco desean que se olvide. Su posición la resume bien el *Mexicano cien por ciento*.

Ofender con mi cantar a nadie quiero, aunque tenga yo motivos y razón, a pelear con estos gringos yo no vengo aunque late aquí en mi pecho este rencor. A trabajar yo he cruzado la frontera, recordando a mi familia con dolor.

Como se ha visto, sólo quieren poder trabajar con un salario que les otorgue capacidad de ahorro para que sea pensable como posible vivir una vida que merezca el calificativo de “buena” y, si hay suerte, quizá incluso que pueda considerarse una vida “realizada”.

Con relación al trabajo de legitimación que los personajes emigrantes —especialmente los de larga duración— realizan para mejorar la percepción que de ellos tienen sus compatriotas en México, hay que decir que va muy ligado a un trabajo de autoafirmación que parece responder a una exigencia que no viene de fuera, sino que procede de ellos mismos: un imperativo de su propia conciencia, que no ve bien la aculturación. Así, los emigrantes parecen tener que demostrar a los otros y mostrarse a sí mismos que siguen siendo unos *buenos* mexicanos, aun cuando cambie su estatus legal y aunque mejore su situación económica.

Pero, ¿qué es ser un buen mexicano en sus circunstancias? Básicamente no olvidarse, cada uno, de quién es, lo que a tenor de los corridos significa mantener unas costumbres tradicionales y unos compromisos determinados, a saber: seguir usando el español, conservar los vínculos con la familia y ser leal a México (la exigencia de conservar la nacionalidad ya ha desaparecido, desde que adquirir otra no implica renunciar a la original).

El protagonista de “Tanto tienes, tanto vales” advierte, pues, contra un juicio rápido equivocado y, por lo tanto, injusto: “No piensen, señores, que el

dinero que gané cambiaría mis sentimientos por los que tanto luché: mis amigos son los mismos y mis costumbres también”. El protagonista de “El otro México” (Tigres, *El otro México*), por su parte, pide: “No me critiquen porque vivo al otro lado, no soy un desarraigado, vine por necesidad. Ya muchos años que me vine de mojado, mis costumbres no han cambiado ni mi nacionalidad”.

Mantenerse fiel a sí mismo implica un esfuerzo, una conciencia y una reflexión permanentes sobre el obrar propio. Se reconoce, por supuesto, que no es posible conservarse exactamente igual, pero ello no significa sino la necesidad de tener más cuidado de sí y cuidar también “lo nuestro”. Por ello, el énfasis en conservar el idioma: “A mis hijos yo les digo...: *el inglés tienen que hablarlo, pero por ningún motivo nuestro idioma, el español, nunca lo echen al olvido*”, dice “El emigrante” (Terribles del Norte, *Los grandes corridos*).

Asimismo, es importante conservar otras costumbres, vinculadas al modo como supuestamente se entiende la familia en México y también al cuidado de lo que quepa entender por identidad nacional. Poco se concretan estas prácticas, que en general quedan definidas “negativamente” por *lo que no hay que olvidar*. El mismo personaje explica este *deber* —y muestra que lo cumple—, dejando indirectamente claras las tensiones que en el ánimo genera la confrontación de dos sistemas de vida tan distintos como el mexicano y el estadounidense:

No porque estoy emigrado de mi nación me he olvidado, como muchos ya lo han hecho ya cuando están arreglados; y también a su familia, muchos ya la han olvidado. / A México yo le canto, con mucho gusto y afán, aunque yo esté de este lado, no importa que esté legal, de mi tierra no me olvido, siempre la iré a visitar. / Yo les digo a mis amigos: “No olvidemos nuestra tierra, allá fue donde nacimos, no hay que avergonzarnos de ella, y siempre hay que recordarla porque es nuestra tierra bella”.

La problemática alcanza un grado superior de complejidad en el caso de quienes deciden “naturalizarse” americanos, como muestra el corrido titulado “Mis dos patrias”, que comienza nada menos que con la dramatización del juramento que realizan todos los que adoptan la nacionalidad estadounidense.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> A manera de introducción se escucha la voz de un oficial que dice: “Raise your right hand and repeat after me: ‘I pledge allegiance to the flag of the United States of America, and to the Republic for which it stands one nation under God, indivisible, with liberty and justice for all’”. Los candidatos van repitiendo con él el juramento, y al final los felicita: “Congratulations —les dice—, you’re now all American citizens”.

Luego, el protagonista inicia su discurso diciendo: “Para quien dice que yo soy un malinchista y que traiciono a mi bandera y mi nación, para que rompa con mi canto las fronteras les voy a abrir de par en par mi corazón”. El personaje, pues, recoge unos discursos claramente acusatorios, que se propone rebatir. Nos cuenta su historia y trata de justificar su decisión, destacando en su argumentación que la partida no fue feliz sino dolorosa, que ha sido siempre un hombre de bien (es decir, familiar y trabajador), y que no hace más que negarse a renunciar a unos derechos que ha adquirido:

Y mis derechos los han ido pisoteando, van formulando leyes de constitución; qué haré ya viejo si me quitan mi dinero, yo sólo quiero mi seguro de pensión. / Pero qué importa si soy nuevo ciudadano, sigo siendo mexicano como el pulque y el nopal; y mis hermanos centro y sudamericanos, caribeños o cubanos, traen la sangre tropical. / Pa' que respeten los derechos de mi raza, caben dos patrias en el mismo corazón.

Los personajes como éste libran la misma lucha en dos frentes distintos, pues tanto en México como en Estados Unidos quieren que se les reconozca que tienen derecho a ampliar su capacidad de obrar. En otras palabras, reivindicando su derecho a poder tener derechos.

Los emigrantes, criticados por irse, criticados por llegar, hallan en los corridos una voz de respaldo que les dice “se puede”, es decir, que es legítimo irse, que es legítimo llegar, que es legítimo quedarse. Su proceder no sólo es juzgado *bueno* (principalmente porque el objetivo aludido es que los hijos tengan “un mejor mañana”), sino que se denuncia que hay otros que actúan *peor*: los ricos, por ejemplo, que si salen al extranjero es “para esconder su dinero y por Europa pasear”, no como ellos, “campesinos que venimos de mojados [y que] casi todo se lo enviamos a los que quedan allá”, como reivindica el narrador de “El otro México”.

El trabajo de positivación de los narcotraficantes se desarrolla principalmente por dos vías, una que construye una representación de este actor social como un superviviente, y otra que lo presenta como un profesional moderno. La primera se vincula a las limitaciones en la capacidad de obrar padecidas antes de entrar al “negocio” y que han sido reseñadas más arriba: falta de autonomía y de libertad, muy poca capacidad de consumo y ninguna estima social. Se enfoca al pasado para justificar la necesidad de una iniciativa como

la que se tomó, e incide en la transformación de un *sufriente* en un *agente que puede*. La segunda vía, en cambio, mira hacia el futuro, pues pone el énfasis en las capacidades con que los personajes de hecho cuentan para desenvolverse como esos otros individuos tan valorados hoy en día: los “emprendedores”, entendido este término en su sentido restringido de hombres de negocios. Se refieren entonces a su *poder-hacer* como empresarios, y en particular a que lo que hacen lo hacen bien.

En efecto, los personajes narcotraficantes constantemente recurren, para dar de sí una imagen positiva, a los atributos que tienen más prestigio en la sociedad dominante, y especialmente en el influyente mundo de la alta gerencia de negocios. Constantemente presumen de ser profesionales, de realizar su trabajo siempre con eficiencia y responsabilidad: “De cuando hablé con Florencio, tres días no habían pasado cuando le entregué la carga: trabajo garantizado”, dice “El amo” (Huracanes, *Corridos pa’l pueblo*). El protagonista de “El cártel de la calle” (Exterminador, *Corridos Perrones*), por su parte, indica: “Nomás digan cuánta quieren y al instante la tendrán”, mientras que otro personaje cuenta que recorre los caminos “noche y día para entregar a [sus] clientes a tiempo la mercancía” (“Si los caminos hablaran”) (Huracanes, *Corridos pa’l pueblo*).

Entre tanto, en “La estampa del escorpión” (Huracanes, *20 Narco-Corridos*) se escucha: “Si el mercado es exigente, complacidos serán hoy”, y en la misma línea de garantía de calidad el narrador del “Corrido del Ocho” (Halcón de la Sierra, en *Corridos pa’ valientes*) comenta: “Todos tienen de lo bueno, porque les doy lo mejor: coca que no es rebajada y que tiene buen sabor”.

Al igual que en el mundo exterior, para el narcotráfico la prontitud, la calidad y la seguridad son valores muy apreciados, pero no son los únicos. El narcotraficante puede asignarse el atributo de “buen administrador” o jactarse de contar con un equipo “bien organizado”, pero, sobre todo, en no pocas ocasiones se califica de *moderno*, y entonces presume de utilizar provechosamente, y en áreas diversas, las tecnologías más avanzadas: “Sistema sofisticado, lo más novedoso en riego, ese es mi mejor empleado que atiende mi invernadero”, dice el protagonista de “La pelo de ángel” (Tucanes, *Corridos de primera plana*). Por su parte, “El lechero” (Originales de San Juan, *Nací con suerte de rey*) comenta que se le puede llamar “al 1-800-lechero”, como se llama a cualquier gran empresa que tiene un número especial gratuito de atención al cliente; y, finalmente, “El burro” (Exterminador, *Narco Corridos 2*) recomienda que, si se le necesita, se le busque “en el Internet”.

Tengan o no fundamento real estas afirmaciones, lo destacable es que los personajes narcotraficantes hacen suyas las prácticas y los modelos de desarrollo de las empresas más consolidadas para legitimar su actividad y, de este modo, legitimarse ellos mismos. Recurren a la mercadotecnia: “Hoy preferimos sembrar de la que rifa en el pueblo, ‘chapita’ de Michoacán en el mercado es lo nuevo” (“Chapita de Michoacán”) (Tucanes, *Corridos de primera plana*), e incluso adoptan la estrategia, muy común en grandes empresas, de incentivación mediante reconocimiento público a los empleados más destacados: “Veinticinco toneladas, y de puro polvo fino, en un mes logró meterles a los clientes angelinos, por eso a ese mes nombraron como el mes de Primitivo” (“El Guacho”) (Tucanes, *Corridos de primera plana*).

Los personajes narcotraficantes, buscando afianzar esta representación, hablan una y otra vez de “mi *negocio*”, de “nuestro *ramo*”, de ser “*agentes de ventas*”, etcétera. Son constantes las alusiones a los rendimientos y a las estrategias para llegar como sea hasta el consumidor, y muestran que las leyes que los rigen son las de la oferta y la demanda. Como afirman “Los marinos” (Tucanes, *Corridos de primera plana*): “Seguiremos trabajando [...] los gringos quieren [la droga] y ellos son los que nos pagan”.

Según estos corridos, el narcotráfico es una organización *racional* y *planificada*. Se trataría de una actividad comercial de un sector desregulado que se regiría, como el resto de los negocios, por las normas del mercado. Lo ilegal, entonces, se equipara a lo legal, y el hecho de que estos dos mundos sean presentados como *equivalentes* altera notablemente el orden simbólico, pues al mismo tiempo que se legitima a los proscritos se deslegitima a los legales. Sobre el trasfondo de realidad que tiene esta representación, Luis Astorga escribió:

El *ethos* del gran traficante en términos del liberalismo económico es mucho más “puro” que el del empresario típico, pues está desprovisto de toda moral que no sea la que crean el dinero y el poder [...] *Y todo ello sin ningún discurso justificatorio de su actividad, a excepción quizá de los corridos donde se habla de traficantes*. Paradójicamente, son los grandes traficantes quienes encarnan el *ethos* empresarial idealizado por el neoliberalismo en boga y han sido también los pioneros de la apertura comercial “moderna” (las cursivas son nuestras) [1996:32].

Ahora bien, a diferencia de la gran mayoría de los empresarios integrados —al menos formalmente— en el mundo legal, los narcotraficantes de los corridos parece que consiguen tener rendimientos y, a diferencia del país en su conjunto, ellos sí progresan y se modernizan, esas dos grandes obsesiones nacionales.

Un último aspecto de esta representación del narcotraficante como empresario ejemplar muestra, por un lado, cuánto cala en los sectores populares la ideología globalmente dominante y, por otro, algunos de los cambios significativos que ha sufrido en esa columna vertebral ideológica el nacionalismo. Me refiero a cómo ha cambiado lo que significa venderle drogas a Estados Unidos.

Hasta hace apenas una o dos décadas, este hecho funcionaba en los corridos como disculpa por una acción reconocidamente censurable: aunque se podía causar daño, ese daño no se hacía nunca a la comunidad propia. Hoy, en cambio, aparte de que se habla con naturalidad del comercio de drogas en el interior del país, el hecho de que las ventas se hagan a Estados Unidos es un elemento de prestigio porque indicaría que la calidad del producto es elevada.

Al igual que sucede con las hortalizas, las frutas y las verduras, podemos sospechar que lo mejor se exporta y que lo menos bueno se queda para consumo nacional. Es una lectura plausible a partir de versos como: “Pura cola de borrego mi madre sierra me da [...] la cual vendo al extranjero porque es pura calidad” (“El hijo de la sierra”) (*Huracanes, 20 Narco-Corridos*). Importa el volumen de ventas y la cuota de mercado, que es lo que parece traslucir la expresión: “¡Cómo he repartido kilos aquí y en el extranjero!”, del protagonista de “La clave nueva” (*Tucanes, 32 Corridos Líderes*), y esto nos hace comprender también de otra manera al famoso personaje de “Pacas de a kilo” (*Tigres, Siguen los zarpazos*), que dice tener un rancho con “ganado sin garrapatas que llev[a] pa'l extranjero”.

Como en todas las demás empresas, quienes participan en este negocio tratan de alcanzar estándares internacionales para ganar exportaciones. Y aunque muchos de los personajes siguen pensando en términos de burlar el sistema de vigilancia de los estadounidenses, este objetivo queda aquí desdibujado, pues de lo que se trata es de si el personaje en cuestión es *capaz*, o no, de exportar.

Traer a este terreno los argumentos del libre comercio y de la gerencia de negocios es poner en juego en el orden discursivo la idea de que estos actores

sociales tienen derecho a explotar su potencial, idea que refuerzan acudiendo también al discurso macroeconómico oficial, para reformularlo y reapropiárselo conforme a sus fines. Así, el narrador de “Las divisas” (Huracanes, *Corridos pesados!*), por ejemplo, pone énfasis en los ingresos que a la economía mexicana le genera el narcotráfico y recoge el órdago que en su momento al parecer lanzara Rafael Caro Quintero, quien dicen que dijo: “Si me dejaran sembrar, en término de dos años la deuda podría pagar”.

El narcotráfico pasa de ser planteado como una solución personal a presentarse como solución a los problemas macroeconómicos del país. En “Operación Casa Blanca” (Tucanes, *Corridos de primera plana*) se recoge el discurso sobre los altos índices de violencia que se registran en algunas ciudades y su supuesta relación con el desempleo: “Vamos a seguir lavando aunque pase lo que pase —dice el narrador—; para que un país produzca, los billetes son la base; hay que generar empleo pa’ que la violencia baje”.

No sólo han hecho suyo el discurso empresarial, sino el mismísimo discurso oficial sobre política social y económica, contrarrestando su falta de legitimidad formal con la autoridad que les otorgan los respectivos índices de éxito.

#### IV

Para terminar, me referiré a lo que dicen sobre su propio *hacer* los autores e intérpretes de corridos de narcotráfico, que se ven en la necesidad de realizar para sí mismos un trabajo de legitimación casi equivalente al que realizan para algunos de sus oyentes habituales, o incluso un trabajo mayor, porque los personajes de sus corridos y el público al que los corridos “pesados” le gustan normalmente no salta, como ellos, de un contexto mediático a otro, o de un contexto no mediático a uno mediático.

En efecto, lo polémico del tema y la gran fuerza de los “narcocorridos” como mercancía que se comercializa ha dado lugar a que algunos de los grupos más conocidos —los que precisamente han alcanzado públicos amplios y diversos— hayan tenido que “explicarse” ante los medios masivos (los medios que han alcanzado sus obras), o hayan tenido que atenuar los mensajes que difunden sus corridos de narcotráfico con otros mensajes de sentido distinto, ya sea en el mismo álbum o en discos que sacan “paralelamente”.

Para algunos de los compositores y músicos cuyos corridos presentan una imagen desestigmatizadora de los narcotraficantes, los referentes reales

de sus personajes son, como para “el maestro” Paulino Vargas, “simplemente los valientes que se buscan la vida como pueden en un mundo cruel [...] Son muchachos locales, y a veces muchachas, que logran salir adelante por un tiempo, antes de que los maten a tiros” (Wald, 2001:42). Otros, en cambio, ven su propia historia como análoga a la de algunos narcotraficantes, porque comparten con ellos el origen humilde y el éxito en aquello que han decidido hacer. Como le explica Mario Quintero a Elijah Wald:

Nos criamos en la vida campirana: caballos, vacas, sembrando maíz y frijol para poder comer —no es corrido, ¿eh?! Allá en la sierra no hay futuro, o sea, como indios. Bendito sea Dios que tuve la oportunidad de salir y conocer ciudades [...] La mayoría de la gente que se dedica a este tipo de negocio es gente de pueblo, de rancho, de la sierra, ¿no? Sinaloenses, y nosotros somos sinaloenses; entonces, pues sentimos parte de eso también. Y además, admiramos a una parte de los traficantes que son gentes con sentimientos: hay traficantes católicos que construyen iglesias, que construyen escuelas primarias, meten alumbrados a los ranchos. O sea, no se gastan el dinero solos [Wald, 2001:116-117].

Otros corridistas no sienten esta afinidad y, sin embargo, dicen que *tienen que* cantar corridos porque es lo que vende, o porque los narcotraficantes son *los que pueden pagar* lo que los músicos *desean cobrar*. En efecto, a los músicos locales que tocan estilos regionales, los narcotraficantes de su localidad son quienes más los contratan, de manera que deben tener preparado un repertorio de su gusto, aunque sus preferencias personales vayan en otro sentido. Los músicos más tradicionales son quienes más se quejan; algunos afirman que esta influencia para la música es nefasta, pero pocos se han resistido a los cambios que “se han impuesto”, los cuales, por otra parte, han significado el revivir de músicas que estaban quedando ya relegadas.<sup>9</sup>

De una manera un tanto inesperada, los músicos estarían, como los emigrantes y como los narcotraficantes, buscando “solamente progresar” por medios que ellos mismos consideran en cierto modo ilegítimos, de manera que para seguir en ello, si es que las redes de distribución de la industria musical

<sup>9</sup> Son interesantes los trabajos de Helena Simonett sobre el paradójico renacimiento que vive la “música de banda” por la influencia de lo que sería su versión pervertida, las “tecnobandas”, así como por el influjo de la “música nortea”. En particular, puede verse, *Banda. Mexican musical life across borders* (Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut, 2001).

sacan sus productos de sus contextos “originales”, deben construir discursos de justificación tan llenos de paradojas como el siguiente diálogo (sacado de un video promocional) entre un entrevistador y Mario Moreno, el bajista de Los Tucanes de Tijuana:

—A ustedes les toca llevar historias ficticias, o verdaderas, de lo que está sucediendo en diferentes comunidades. Qué piensas de ese trabajo social, no tanto musical, de ustedes, o sea de informar a la gente de situaciones que pueden acontecer en todos los planos.

—Nosotros realmente hablamos con la verdad y con los hechos que están sucediendo. Si tú te pones a ver la tele [...] nosotros, a lo mismo, le ponemos música [...] y dándole un consejo a toda la gente: que es peligroso, que toda la gente termina mal y que es malo eso.

—Bien, pues en esta ocasión quisiera que nos presentaras la canción “El cártel de a kilo”.

—“El cártel de a kilo” se lo vamos a dedicar a toda la raza pesada. ¡Sale, compa!

[Y comienza la canción]: Me dedico al negocio prohibido, no me gusta mentir, soy sincero, compro un kilo y a veces de a dos, y los voy vendiendo a como puedo [...]

En un sistema social en el que no se vislumbra la justicia y donde la movilidad social no se concibe por medios a la vez legales, justos y morales, parece que unos y otros han de “buscarse la vida” a cualquier precio. Pero, como el discurso dominante lo tienen, al mismo tiempo, tan internalizado, se ven en la necesidad, no sólo de reivindicar su derecho a ejercer la capacidad de cantar, sino a legitimarse. Probablemente cualquiera de entre los músicos, los narcotraficantes y los emigrantes podría decir como el narrador de *Tanto tienes, tanto vales*: “La buena suerte no vino, pero yo la fui a buscar”.

Concluamos con el primer corrido citado, que plantea bien esta tensión. Se trata de “Libertad de expresión”, donde el narrador, antes de hablar de cómo murió Ramón Arellano, trata de situar su discurso para evitar “malas interpretaciones”:

Mi canto no es contra nadie, sólo me expreso cantando  
como lo informa la prensa, la televisión y el radio,  
para que lo sepa el mundo, qué diablos está pasando.

Yo no voy a hablar de drogas, sólo de lo sucedido,  
 porque un sistema corrupto hace crecer los bandidos;  
 si hay libertad de expresión, no prohíban los corridos.

## Bibliofonografía

- Astorga, Luis (1996), *Mitología del narcotraficante en México*, Plaza y Valdés/UNAM, México.
- Beto Quintanilla (2002), *Libertad de expresión*, Frontera Music, 7201, Houston.
- Grupo Exterminador (1996), *Corridos perrones I*, Fonovisa, KUL-1750, México.
- (1997), *Narco Corridos 2*, Fonovisa, FPCD-9590, California.
- Herrera-Sobek, María (1993), *Northward Bound. The Mexican Immigrant Experience in Ballad and Song*, Indiana University Press, Bloomington e Indianápolis.
- Huracanes del Norte, Los (2003), *20 Narco-Corridos*, Univisión 0207, California
- (1998), *Corridos pa'l pueblo*, Fonovisa, KFG-2592, México.
- (1996), *Corridos pesados!*, Musivisa, KUL-1643, México.
- Originales de San Juan, Los (1999), *Nací con suerte de rey*, EMI Latin 96234, México.
- Pumas del Norte, Los (1999), *La ley del corrido*, Luna Musical, CLUR 064, México.
- Rivera, Pedro (2001), *Corridos de hierba*, Cintas Acuario 588, California.
- Simonett, Helena (2001), *Banda. Mexican musical life across borders*, Wesleyan University Press, Middletown, Connecticut.
- Terribles del Norte, Los (1990), *Los grandes corridos*, Freddie Records, FRC-1534.
- Tigres del Norte, Los (2001), *Uniendo fronteras*, Fonovisa, TFZ-3570, México.
- (2000), *De paisano a paisano*, Fonovisa, TFR-3154, México.
- (1998), *Siguen los zarpazos*, vol. recopilatorio, Fonovisa, KFP-2403, México.
- (1997), *Jefe de jefes*, Fonovisa, FDC-80714, México.
- (1995), *El otro México*, Fonovisa, MPCD-5043, reed.
- (1994), *16 kilates musicales*, vol. recopilatorio, Fonovisa, FP-9191.
- (1991), *Gracias, América... ¡Sin fronteras!*, Fonovisa, MPCD-5066.
- (1977), *Vivan los mojados*, Fonovisa 2567, 1994.
- Tucanes de Tijuana, Los (2002), *14 tucanazos bien picudos*, Universal, 066 124.
- (2001), *32 Corridos Líderes*, Líderes Entertainment Group 1607136.
- (2000), *Corridos de Primera Plana*, Universal 30214, México.
- (1998), *Los más buscados*, EMI Latin, 96599, California.
- (1997), *Tucanes de plata: 14 tucanazos censurados*, EMI Latin Emid-56922.
- (1996), *14 tucanazos bien pesados*, EMI Latin 34975.

- Valenzuela, José Manuel (2002), *Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México*, Plaza y Janés, México.
- V.V.A.A. (2000), *Corridos con banda*, vol. 2, 78569, GLTR-67, Discos Amapola, México.
- (2001), *Corridos pa' valientes. 25 grandes éxitos*, 00622, America Records, Canadá.
- (1980), *Corridos y canciones de Aztlán*, Xalman, SBSR-102980.
- (2000), *Narcocorridos*, vol. 2, Animaniacs Milenium, México.
- (2000), *Narcocorridos*, vol. 3, Discos Blanca Amapola, 13474-GLA, México.
- Wald, Elijah (2001), *Narcocorrido. Un viaje al mundo de la música de las drogas, armas y guerrilleros*, HarperCollins, col. Rayo, Nueva York.